

# Breve análisis del feminismo actual

## Álvaro Botías

Inspector jefe de la UFAM de la Policía Nacional en Málaga.

*EL PROBLEMA DEL GÉNERO ES QUE PRESCRIBE CÓMO TENEMOS QUE SER, en vez de reconocer cómo somos realmente. Imagínense los felices que seríamos, lo libres que seríamos siendo quienes somos en realidad, sin sufrir la carga de las expectativas de género; con este extracto del ensayo *Todos deberíamos ser feministas*, de Chimamanda Ngozi Adichie, doy comienzo a mi particular análisis del feminismo actual. Pero, ¿qué es el feminismo? Muchas y muchos lo han definido, incluso antes que la RAE lo reconociera recién iniciado el siglo XX —concretamente en 1914—. En cada definición, sin embargo, hay constantes que se mantienen: igualdad real de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres; erradicación de la discriminación por razón de género; persecución del equilibrio de poderes; son algunas de las más relevantes. Mi propio concepto, acuñado con motivo de una entrada en mi blog el pasado mes de junio (*El creciente impulso del feminismo*), reza: **es una forma de vida; es la búsqueda activa de la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres; es condenar la discriminación por razón de género; es el fomento del respeto, de la corresponsabilidad.***

Como movimiento o complejo proceso social, el feminismo acoge a seguidoras y seguidores. Personas que no solo afirman compartir esta «forma de vida», sino que también predicán con el ejemplo. Actúan, para que nos entendamos. A ellas y ellos se les conoce como **feministas**.

60

De nuevo recurro al ensayo *Todos deberíamos ser feministas* por su claridad de conceptos y frescura: *La definición que yo doy de feminista es todo aquel hombre o mujer que dice: «Sí, hay un problema con la situación de género hoy en día y tenemos que solucionarlo, tenemos que mejorar las cosas. Y tenemos que mejorarlas entre todos, hombres y mujeres»*. A esto le añado —cosecha propia, por cierto—: en esta lucha social la mujer ha de llevar la voz cantante. No podemos perder de vista que el problema del género les afecta a ellas; y como colectivo oprimido, han de encabezar el movimiento. El hombre que ansíe portar el calificativo feminista ha de empezar por quitarse el traje de privilegios con el que el patriarcado lo ha revestido. Ha de deconstruirse para volver a edificarse; ha de desaprender lo que la cultura machista en él ha inculcado. Una vez consigamos esto, pasaremos a la segunda fase: la acción. Nos uniremos a nuestras compañeras como aliados. Buscaremos que nuestro ejemplo sea seguido por otros muchos hombres.

Sexo y género no son la misma cosa. El primero alude a las diferencias biológicas, es decir, aquellas que nos acompañan desde el momento del nacimiento. El ejemplo más claro de estas es la genitalidad. El segundo, por su parte, es una construcción cultural. La sociedad educa a hombres y mujeres de distinta forma. Asociamos el azul con los niños y el rosa con las niñas; los coches con los primeros y las muñecas con las segundas; y así habría que continuar durante una eternidad. Enseñamos a los hombres a comportarse y vivir de una manera, y a las mujeres de otra. Es en esta socialización desigual donde surge la discriminación.

Dicho esto, que ha de servir como introducción, pasaré sin más preámbulos a desarrollar el esquema que previamente me he planteado. En primer lugar, me gustaría aprovechar estas líneas para hablaros de mi especialidad en esta lucha sin cuartel: la violencia de género. Se trata de la máxima expresión de la situación de desigualdad existente; el culmen de la diferencia de poderes entre el hombre y la mujer; la agresión sin fundamento, más allá del simple hecho de pertenecer al sexo femenino. Mientras escribo estas líneas todavía está muy reciente en mi memoria el trágico 25 de septiembre de este año. Ese día tuvieron lugar un total de 4 asesinatos: 2 mujeres y 2 niñas. Estas últimas a manos de su propio padre, quien perseguía «castigar» a quien hubiera sido su esposa. Su estrategia, con la que desde 2013 se ha segado la vida de 27 menores, la ha descrito de forma magistral Miguel Lorente, en un artículo publicado recientemente en *El País* digital: *Los agresores han aprendido a usar la violencia, y ahora saben que la forma de ocasionar más daño a la mujer no es matarla, sino asesinar a sus hijos y dejarla a ella atrapada en la celda del recuerdo*. Y es que, por mucho que el orden machista imperante se empeñe en esconderlo e incluso, desvincularlo de la violencia de género; un maltratador no puede ser un buen padre.

El arma con mayor capacidad destructiva del patriarcado es el machismo. A través de éste se ejerce violencia sobre las mujeres con un solo objetivo: mantener el *status quo*. Mi aventura feminista, de hecho, comienza a raíz de mi incorporación a la Unidad de Familia y Mujer de la Policía Nacional el pasado 2015 —un principiante en la materia, todo sea dicho—. Sentir esta violencia estructural en primera persona supuso un antes y un después en mi todavía corta existencia. Cualquier persona con un mínimo de empatía, cuando escucha los desgarradores relatos de mujeres que han vivido sometidas por sus parejas, ha de encender todas las alarmas. Automáticamente te asaltan preguntas del tipo: «¿Por qué ocurre?, ¿qué estaremos haciendo mal?, ¿cómo se puede revertir esta situación?»

Mal, por desgracia, se hacen muchas cosas. La diferencia radica en que, en un asunto de la magnitud del que nos ocupa, no se pueden permitir errores ni fisuras. Aquí entramos en juego las y los feministas: hay que visibilizar el problema y generar conciencia social, para empezar. En esta línea Marina Marroquí, superviviente y feminista, escribe en su perfil de Twitter: «*Internet a los machistas les ha dado el porno, pero a las feministas Twitter y no nos vamos a callar.*» No lo hubiera descrito mejor.

Las redes sociales son, sin duda, un caballo de batalla muy importante. A través de ellas nos comunicamos en cuestión de segundos. No solo eso,

sino que llegamos a miles o incluso millones de personas con nuestras publicaciones. La acción de la que hablaba al principio consiste, en parte, en eso: en hacer llegar el mensaje de igualdad a la ciudadanía; en divulgar y predicar a los cuatro vientos las ventajas de vivir en una sociedad ausente de discriminación. Alguno se preguntará: «Bueno, si acabas de decir que los privilegios caen del lado del hombre, ¿qué ganamos nosotros con renunciar a ellos?» Pues la ganancia está fuera de toda discusión. Los hombres también sufrimos el machismo, aunque no lo parezca. Nos han educado en una masculinidad hegemónica inflexible, en la que no tiene cabida la diversidad. Tal cual: es como una coraza que nos ponen y de la que cuesta una barbaridad desprenderse. «Los hombres no pueden permitirse mostrar sus emociones, eso los haría vulnerables; en el género masculino tampoco tiene cabida el miedo ni la duda, ambos son portadores de debilidad»; son algunas de las premisas y enseñanzas que se nos inculcan desde la más temprana infancia.

El feminismo actual se plantea la siguiente pregunta: ¿estamos ante una cuarta ola? Conviene recordar que la tercera, conocida como feminismo

**«El arma con mayor capacidad destructiva del patriarcado es el machismo. A través de éste se ejerce violencia sobre las mujeres con un solo objetivo: mantener el *status quo*.»**

contemporáneo, podría tener como punto de partida a Betty Friedan y su obra: *La mística de la feminidad* (1963). Yo, personalmente, he percibido un cambio muy significativo. Un giro en forma de visibilidad, manifestaciones multitudinarias y conciencia social. Gran parte de la culpa recae sobre las redes sociales. Como ya he descrito, éstas se han convertido en el vehículo perfecto para hacer llegar el mensaje feminista a todos los rincones. Sin excepción.

Por esto mismo a mí, personalmente, me da la impresión de que la cuarta ola es una realidad. Creencia que por cierto es compartida con la mayoría. De hecho, si echo la vista atrás unos años —a mi adolescencia, de la que no hace tanto tiempo—, no recuerdo que el feminismo fuera un debate central. Tampoco consigo rescatar de mi frágil memoria nada relacionado con movilizaciones de peso y su correspondiente cobertura en los medios. La estructura construida en olas anteriores, a base de una lucha incansable, está bien apuntalada. Depende de vosotras y nosotros poner en valor lo conseguido por tantas mujeres valientes —y también algún hombre, por supuesto—. Está, por tanto, solo en nuestra mano que el barco de la igualdad consiga llegar a buen puerto: el de la real; el del fin de la discriminación.

Como hombre feminista, para ir poniendo un punto y final a este artículo, os diré de qué manera intento cada día aportar mi granito de arena a esta justa causa. Tal vez me equivoque —seguramente con habitualidad y en varias cosas—; lo asumo. Ya lo decía Roxane Gay en su obra *Mala Feminista*: «Prefiero ser una mala feminista que no ser feminista

en absoluto». Yo probablemente sea mucho peor que ella y aquí me tenéis. Sin más, vamos a ello:

- El primer paso es callarse y escuchar. ¿Qué y a quién? Os estaréis preguntarlo. Abrir bien los oídos para escucharlas a ellas, a las mujeres. Una vez hayamos interiorizado algunas de sus reivindicaciones, podremos dar paso al turno de preguntas: ¿Cómo os ayudamos?, ¿de qué manera puedo renunciar a mis privilegios?, ¿qué tipo de hombre se adaptaría al mundo en igualdad propuesto? Preguntar, escuchar, abrir vuestras mentes y perspectiva, comprender... Son algunas de las acciones más importantes por las que empezar.
- Una vez superada la primera fase, pasaríamos a la acción. A aplicarnos el cuento, hablando llanamente. Conviene puntualizar que lo de «superar la primera fase» no significa que dejemos de escuchar, en absoluto. La escucha y las preguntas nunca terminan —siempre seguirá quedando algo que aprender, como con todo en la vida—. Sin embargo, llegará un momento en que lo que hayamos recogido sea suficiente para ponerse a funcionar. Recorro a la sabiduría popular para respaldar mi tesis: «El movimiento se demuestra andando.» En mi caso particular empecé por mí mismo. Quise conocerme, analizarme, ver si durante mi bagaje vital había defendido la igualdad. ¿La respuesta? Por supuesto negativa. En muchos aspectos, de hecho, había sido machista — y algunos todavía lo sigo siendo —. Decidí no culparme por ello; me dije: «Álvaro, has cumplido con el patrón de conducta cultural. No es tu culpa. La cultura es machista y tú simplemente has sido socializado en ella». La verdad es que este pensamiento me hizo sentirme mejor. Nada, borrón y cuenta nueva — de nuevo existe un dicho que describe perfectamente la situación, como no podría ser de otra forma —. Y así lo hice. Empecé a renunciar a mis privilegios. Comencé a quitarme esa coraza que me impedía moverme con libertad. Decidí ponerme a leer sobre feminismo: primero obras más «light», para principiantes que acaban de pasar del gateo a la bipedestación. A día de hoy todavía camino con cierta inestabilidad, pero camino. De eso se trata.
- Digamos que ya hemos hecho autocrítica y estamos preparados para pasar del yo al vosotras y vosotros. En mi caso particular, empecé por mi familia. ¿Estoy siendo un buen marido?, ¿soy padre corresponsable?, ¿asumo mi responsabilidad en los cuidados?; fueron algunas de las preguntas que me hice. Tengo la suerte de compartir mi vida con una feminista: mi maestra. Por tanto, he de admitir que lo tuve realmente fácil. En mi casa la corresponsabilidad ya era una realidad. De ahí di el salto al plano público. Trabajo, familia no tan próxima, amigos... Poco a poco fui sacando el tema de la igualdad en distintos foros. Fui, como dije antes, aplicándome el cuento. Me pasé al activismo, a la reivindicación sin tapujos. Pronto me di cuenta de que la palabra feminista no era bien recibida. Por alguna razón, tanto entre hombres como entre mujeres, generaba rechazo. El

machismo ha hecho su campaña en contra como era de esperar. Ha intentado revestir de connotaciones negativas un concepto que lleva por bandera la justicia. Algo, por cierto, insostenible. Aún así, a pesar de este «rechazo», yo me defino como lo que soy: feminista. A quién no le guste que no mire. Hasta aquí el resumen de mi proceso. Espero que a muchos de vosotros os sea de utilidad y consigáis ser mejores personas. Yo, sin duda, soy mucho más feliz.

Toca concluir este personal análisis del feminismo actual. La lectura, no ha lugar a discusión, es positiva. Estamos en la senda de la igualdad; se está trabajando con intensidad para conseguir justicia. Sobre eso ya no ha lugar a discusión. En cuanto a los hombres en concreto, espero que después de leer estas líneas os animáis a uniros y podáis, como a mí me está pasando, ser mejores personas y sentirnos liberados de las cadenas del patriarcado. Porque como dice mi amigo Octavio Salazar en la sinopsis de su libro —*El hombre que no deberíamos ser*—: *Pretende colocarnos a los hombres delante del espejo para que reflexionemos sobre todo aquello que no deberíamos ser y para indicarnos el itinerario a seguir para construirnos de otra manera.* —

Referencias:

Página 41 (el problema del género) *Todos deberíamos ser feministas.*

Página 55 (hombres y mujeres feministas) *Todos deberíamos ser feministas.*

Sinopsis de *El hombre que no deberíamos ser.*

**«En esta lucha social la mujer ha de llevar la voz cantante. No podemos perder de vista que el problema del género les afecta a ellas; y como colectivo oprimido, han de encabezar el movimiento. El hombre que ansíe portar el calificativo feminista ha de empezar por quitarse el traje de privilegios con el que el patriarcado lo ha revestido. Ha de deconstruirse para volver a edificarse; ha de desaprender lo que la cultura machista en él ha inculcado. Una vez consigamos esto, pasaremos a la segunda fase: la acción.»**